

El Descenso de la Bruja

ZeoNaria



Capítulo 1

El Descenso de la Bruja.

Todos los derechos reservados.

La Muerte de la Dama Roja

En todas las culturas, la muerte es un punto indispensable, un complejo complemento de la vida. Es un gran listón dividido en 2 partes, una en la que das y otra en la que recibes. Este listón presenta el periodo en el que vives y el periodo en el que estás muerto. Todo lo que hagas al dar marcará tu destino en el recibir. La gran mayoría de culturas coinciden en que hay vida después de la muerte. Pero... ¿Qué pasa cuando estas dos partes chocan? ¿Qué coincidencia podría ser capaz de lograr esto? La magia siempre será incomprensible para los que no se relacionan con ella. La magia es un listón en blanco, infinito e inalterable.

Una joven mujer se encontraba recargada en la ventana de una oscura habitación, miraba un gran bosque con melancolía mientras acariciaba el pelo de un lindo pastor belga.

—Hmm... ¿Cuándo podré volver a salir, madre mía?

—Pronto, hija... No falta mucho para volver...

Aquella tenue y temblorosa voz resonó en toda la oscura habitación.

—¿Sabes algo, pequeña?

—¿Sí, madre?

—Tengo hambre, hija...

—Entiendo, madre.

La joven se paró en aquella ventana y saltó al vacío, estrellándose en unas rocas al lado de un río.

Iglesia Sv. Josipa. Karlovac, Croacia 1967.

Las frescas noches de la provincia de Karlovac son dignas de un poema y

una fotografía, inalterables, airosas y hermosas.

Mientras cerraban la pequeña iglesia, una mujer llegó corriendo mientras gritaba y mantenía una expresión de horror.

—¡Sacerdote, sacerdote, ayúdeme por favor! —gritó la mujer aferrada a la sotana del cura de rodillas.

—¡Calma, hija, calma! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Mi hijo, señor! ¡Mi hijo está siendo atacado! Habla raro... ¡Y no está tocando el suelo! ¡También hay algo más en la casa! ¡No sabemos que hacer! ¡Ayúdenos, por favor!

La mujer rompió en llanto mientras golpeaba el suelo, gritando y pidiendo ayuda. El cura tomó lo que pudo y se dirigió a la cabaña con la mujer aun aterrorizada.

Cuando el sacerdote llegó a la cabaña ya habían varias personas atemorizadas afuera quienes corrieron a recibirlo.

—¡Ya llegó el sacerdote!

—¡Señor cura, le hemos hablado a la policía, pero no han llegado!

Chillidos de cerdos y gritos humanos se escuchaban en el interior mientras el suelo vibraba levemente. Todos retrocedían con temor de lo que estuviese dentro.

—Santo Dios... ¡Todos, retírense inmediatamente! —exclamó el cura ahuyentando a las personas con sus brazos.

Aferrado a su Biblia y sus botellas, el cura entró con bravura. Cuando llegó a la habitación el joven rebotó violentamente de la pared salpicando todo de sangre mientras gritaba por piedad.

—¡Ugh! ¡Sacerdote, váyase de aquí!

Del otro lado de la habitación, el cura vio algo que jamás olvidó, quedó hasta en lo más profundo de su cuerpo. Un cerdo antropomorfo de unos 2 metros, con el cuerpo desnutrido que encontrarías en una persona y unas apófisis espinosas tan grandes que parecieran le iban a desgarrar la piel. Casi cubierto por la sangre del joven, la criatura estaba tratando de subir por las paredes, entonces cayó y lo vio mientras chillaba.

—¡Atrás, bestia inmunda! —gritó el cura con horror mientras mostraba un

crucifijo y retrocedía temblando.

La criatura chilló aún más fuerte, de un pisotón quebró ambas piernas del joven y corrió en cuatro patas hacia el cura.

—¡Ayuda, Padre mío!

El cura intentó correr de la criatura, pero esta lo sujetó de una pierna y lo lanzó desde la sala hasta la cocina.

—¡Ay, por Dios! ¡Ayuda, ayuda!

El padre veía con terror como estaba inmóvil con sangre y astillas en todo el cuerpo, desesperado se arrastró con una mano gritando por clemencia.

La bestia corrió hacia él chillando cada vez más fuerte. Mientras extendía su mano para apretar la cabeza del cura, este lanzó agua bendita. El agua quemó la mano de la criatura y empezó a soltar vapor, haciendo que soltará gritos humanos y chillidos todavía más fuertes.

—¡Dios nos protege y está...

Cinco disparos impactaron en la espalda del animal, la policía había llegado.

—¿Qué es esa cosa?!

—¡Gracias a Dios! —exclamó el cura llorando—. ¡Aquí esto...

La criatura reaccionó con furia y pateó al cura, estampándolo contra la pared y dejándolo inconsciente. Giró en dirección a ambos policías y empezó a caminar erguido lentamente.

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡No le pasa nada! ¡Sargento, sargento!

—¡Por mi madre! ¡¿Qué es esta aberración?!

Las balas perforaban su cuerpo y hacían que explotara sangre, pero el animal no se detenía, chillaba y chillaba mientras caminaba, advirtiendo a los oficiales su destino.

—¡Vámonos, por favor!

Un sonido agudo empezó a elevarse, algo estaba cargando. Un fuerte disparo resonó en todo el lugar mientras el pecho de la criatura era perforado, el animal gritó y chilló tan fuerte que derribó a los policías.

Huyó destruyendo la pared trasera de la cabaña con dirección al bosque.

Tres hombres con uniformes entraron al lugar, revisando todo y sacando a los policías.

—Por Dios, ¿viste de que tamaño era?

—Debió ser categoría 3. Por suerte fue directo al pecho, no durará nada... ¿Cómo está el cura?

—No está muerto... ¡Eh, aquí!

Los tres hombres rodearon el lugar donde le dispararon a la criatura, observando un trozo de carne con un sello negro en forma de ojo sobre la sangre.

—Magia.

—No puede ser...

—¡Vamos a reportar al Centro, esa cosa sigue viva!

Los tres hombres regresaron a una camioneta con un enorme rifle de francotirador con humo emergiendo del cañón, el arma recién disparada. Una silueta empezó a agrandarse detrás de la camioneta y un chillido de cerdo y un grito humano combinado resonaron.

El radio de una gran camioneta roja interrumpió las canciones de dos hombres que viajaban en una carretera en California. Las palabras de aquel locutor enervaron hasta la última persona del continente.

—Este es un corte informativo, Randal. A toda la población, en los últimos días hay dos noticias que han sacudido a todo el continente americano. Dos atroces asesinatos cometidos en las ciudades de Córdoba y Montreal han despertado el terror de las personas al no hallar nada relacionado al crimen. Son casos en blanco, sin pistas y sin declaraciones. Evitamos describir las muertes para no dañar la susceptibilidad de nuestros escuchas y recomendamos a la ciudadanía no salir más allá de las 10 pm.

Sacramento, California en el presente.

Uno de los callejones de la calle Hurley se encontraba acordonado debido a un terrible crimen cometido la noche anterior.

—¿No están tardando mucho? —preguntó un oficial al sargento.

—Sí, me están desesperando, pero el jefe quiere que los esperemos.

—¿Cree que sean tan buenos como dicen? Ni siquiera son oficiales, ¿por qué deberían meterse en este caso?

—Lo mismo creo yo. Pero son caprichos que vienen de arriba. Deben haber tenido momentos de suerte y coincidencia, no creo que...

—Pues está en lo correcto —dijo un hombre detrás del sargento.

—¡Oh! Bueno, solo estábamos...

El hombre de unos 40 años; con bigote y cabello castaño claro, acento refinado, vistiendo un traje gris y una corbata azul, de al menos 1.80 llegó quitándose el sombrero, tirando un puro y poniéndose unos guantes negros.

—¿Qué tenemos, caballeros?

—Un hombre, caucásico, 42 años, 188 centímetros, 102 kilos. El camino de sangre dice que fue arrastrado desde la mitad del callejón. No hay huellas...

—Vaya, es casi un toro... —dijo llegando otro hombre—. ¿Cómo fue hallado?

El segundo hombre, de cara recia, barba cerrada y cabello negro, vestía un chaleco negro con una camisa blanca sin corbata llegó tirando un cigarro.

—¿Ustedes son...? —preguntó uno de los oficiales.

—¿Arthur Matney y Francis Silverado? Suena a un par de tontos en un comercial de cigarros. Ni en su hogar los deben conocer, ¿qué se supone que hagan estos dos? —preguntó un elegante hombre sentado en un gran escritorio.

—Los investigadores de Matney Silverado son bastante conocidos en Canadá y Reino Unido, señor Hoover. Llevan trabajando desde hace 6 años y varios casos resueltos —respondió una mujer de traje y cabello oscuro.

—¿Resuelven un asalto y una muerte y ya son Holmes y Watson? California tiene mejores investigadores, ¿por qué íbamos a recurrir a extranjeros?

—Francis nació en Colorado.

—Pero su nacionalidad dice Canadá. ¡He dicho que no los necesitamos!

—Ellos concluyeron con los casos de ahorcados de Leeds.

—¿No Inglaterra había declarado haberlo resuelto?

—Gracias a estos hombres.

El hombre comenzó a meditar en silencio, agitando la pierna y rascándose la barbilla.

—Ellos deberían trabajar en esto, señor Hoover, el caso de Montreal y Córdoba en Argentina no son una simple coincidencia.

—Hmm...

—¿Cómo dice que lo encontraron? —preguntó el hombre de barba cerrada.

—Un testigo venía a unos 20 metros del interfecto, él aún se encuentra por allá, pero su explicación no nos sirve, estaba borracho cuando llegamos. Dice haber visto cuando entró al callejón.

Ambos hombres se acercaron para hablar con el hombre sentado en la orilla de una ambulancia. El pequeño hombre moreno, lampiño y de ojos pequeños se alteró cuando llegaron a él.

—Disculpe, ¿señor Utley? —dijo el hombre de bigote—. Mi nombre es Arthur y él es mi compañero Francis.

—¿Qué, también viene a burlarse de mí? —preguntó frustrado y temblando.

—Nosotros creemos en usted, pero, ¿qué fue lo que vio?

Arthur observaba cómo movía sus ojos y agitaba sus piernas de nervios.

—Estaba caminando de vuelta a su casa, había bebido mucho y estaba muy borracho... Este hombre empezó a tambalearse y se bajó a la calle, miró mucho al callejón y después empezó a gritar... ¡Y algo negro lo arrastró al callejón! Vi cómo trató de sujetarse... ¡Pero fue inútil! ¡Ay, Dios mío!

El hombre tiró el café y empezó a respirar agitado.

—¿Escuchó algo? ¿Sabe qué fue lo que lo arrastró? —preguntó Frank.

—No... ¡Pero era una persona! ¡Estoy seguro!

—Muchas gracias, señor Utley, créame que su testimonio es lo más valioso en este momento —dijo Arthur palmeando su hombro.

Ambos regresaron con el sargento para ver el cadáver. No sin antes observar lentamente la calle narrada por Utley.

—¿Crees en las palabras del borracho, Arthur?

—Es demasiado fantasioso, Frank, pero sus detalles me hacen dudar, ¿sabes?

Ambos se pararon en la esquina del muro, justo en la entrada del callejón.

—¿Qué están haciendo, sargento?

—Quieren quedar bien rebuscando tonterías, el muerto está en el fondo no en la entrada, maldita sea.

—¿Ves esto, Arthur?

—Por Dios... ¿Una uña arrancada?

—Así es. Esa mancha seca de sangre indica que se aferró a la esquina.

—La mancha está muy arriba, no fue arrastrado por el suelo, se aferró a la pared en el aire...

El sargento observó la uña y mandó a investigar toda la acera de la entrada con enojo.

—Me parece increíble que algo tan básico se le haya pasado, sargento —reprochó Arthur.

—Mejor vayan a ver el cuerpo para terminar de una vez.

—Será mejor que se relaje, sargento —interrumpió Frank—. Si se desespera se equivoca.

Aquel callejón era peor que una carnicería recién abierta, la mitad del camino y los muros tenían marcada la sangre seca de las manos de aquel hombre, quien también estaba seco como una momia, tirado boca arriba

lleno de golpes, sin un brazo y sin la mitad derecha del cuello.

—Santo cielo... Esto parece haber sido hecho por un maldito oso... Está seco igual que en Córdoba... ¿Arthur?

—¿Un oso pardo en Sacramento? Dios santo...

Arthur se acercó a un pequeño revólver salpicado de sangre tirado a 6 metros del cadáver. Frank revisó la mano, en la cual le faltaba el dedo índice y tenía todas sus uñas. Junto al cuerpo del hombre estaba una huella de una pequeña zapatilla y en el hombro estaba tatuado un pequeño ojo.

—¡Arthur! Sargento. Vengan un momento...

Los hombres incluidos investigadores y oficiales se acercaron para escuchar a Frank.

—Cuando pasó por el callejón notó al asesino, entonces bajó a la calle para sacar el revólver, pero el victimario lo arrastró y le quitó el arma con una fuerza tremenda.

—Eso está más que claro, ¿solo vinieron a atrasarnos?

—El revólver tiene sangre y todas sus balas. Uteley tiene la razón. La uña ausente es del brazo arrancado. Mismo con el que se sujetó en aquella esquina. ¿Verdad, Arthur?

—Así es... Pero esta huella me desespera, no tiene nada que ver... ¿Una mujer de al menos 1.60 arrastró y cargó del cuello a un hombre de 100 kilos?

—Las marcas en el cuello indican eso, pero hay varias marcas con distintos puntos de presión, unos más grandes que otros.

—Entonces está claro que fueron varios participantes —dice uno de los forenses.

—Una pandilla asesinó a un hombre por motivos desconocidos —dice el tercer detective—, ¿tiene que dar más vueltas? Anoche hizo mucho calor, el alcohol en su cuerpo y el calor lo habrán secado.

—Eso es estúpido e imposible —interrumpe Frank.

Ambos hombres se quedaron en silencio mientras se miraban con confusión.

—¡Aquí hay algo! —gritó un oficial del otro lado del callejón.

Todos corrieron al llamado para encontrar unas líneas de sangre en un contenedor de basura.

—Son tres líneas gruesas... —dijo Arthur agachado—. No coinciden con una mujer tan pequeña...

—Dos personas o más sin armas... ¡Esto es lo visible, caballeros! ¡Una banda de psicóticos asesinó a este hombre con fuerza bruta!

—¿Cómo? —exclamó Frank—. No puede adelantarse, no sabemos si fueron más de dos personas. No puede sacar esas conclusiones en un punto tan temprano de la investigación.

—Y usted no me dirá cómo debemos trabajar, señor pancho. ¿Acaso lo hizo un gorila? Su trabajo es encontrar las pistas y el nuestro a quien lo hizo, y a mi parecer ustedes ya han cumplido.

Frank volteó a ver a Arthur, quien miraba al suelo pensativo y sin decir una sola palabra.

—Arthur.

—Tiene razón, Frank, creo que es mejor que pensemos en la camioneta.

Frank aceptó extrañado de aquella respuesta de Arthur.

Ambos subieron a la gran camioneta roja y repasaron las cosas con calma.

—Desde un inicio nada tiene sentido, Frank. Uteley vio la sombra de una persona, solo escuchó los gritos del hombre pero no escuchó el alboroto de una pandilla, no había huellas dactilares y no había nada más...

—Sí... —asintió Frank echando su cabeza hacia atrás—. Ese revólver arrancado es lo que más me confunde. Suponiendo que la mujer de la huella lo haya hecho, ¿cómo arrancó el brazo y medio cuello? ¡Se llevó hasta el hueso! Es absurdo... ¿Cómo secas de esa forma a un ser humano?

—Este es el tercer caso así, Frank —dijo Arthur sujetando su barbilla con intriga—. La primera y única pista es la zapatilla...

—Montreal y Córdoba... Los lugares son abismalmente distintos, no creo que el asesino haya cruzado de Argentina a Canadá tan rápido. De las dos

víctimas una estaba seca y la otra sin un brazo y parte del cuello...

—Así es, Frankie, esta fue una combinación de ambos ataques. Debo decir que me preocupa mucho que puedan estar más que relacionados...

El teléfono de Frank sonó y este respondió extrañado. Aquellos segundos en silencio se combinaron con la situación anterior, creando un ambiente frío e incómodo.

—¿Cómo? Sí, sí así es... ¿Antier? Santo cielo...

—¿Qué es, Frank?

—Llamó Aliona... Tenemos un cuarto caso, Arthur.

—Creo que es hora de tomar notas manuales, Frankie.

Av. Eugène-Lamontagne. Québec, Canadá.

Las noticias de la noche empezaron en un viejo televisor de unas 20 pulgadas. Se hablaba de la inusual alerta a las personas por recientes incidentes por toda la provincia de Quebec.

—Así es, Etienne. Y es que el departamento de policía no ha dado ninguna declaración oficial, pero son ya demasiados testimonios afirman que estos incidentes no están relacionados con el crimen organizado.

—Las primeras y únicas palabras del cuerpo de policía es que se encuentra bajo investigación, pero nada más. Los asesinatos son demasiado violentos hasta para decir que lo hizo otro ser humano, el único patrón son distintas marcas parecidas a un ojo en los miembros arrancados cual zanahorias. ¿La firma de quien hizo estas atrocidades?

En la televisión se mostraron las horribles muertes de estas pobres personas de casos anteriores, quienes además parecían secas como una momia.

—Y no solo en Quebec, en esta provincia empezaron los casos en Canadá, pero en todo el mundo se han repetido estos terribles asesinatos en los últimos meses. Ya varios investigadores sugieren que pueda tratarse de alguna criatura más allá de lo que estamos acostumbrados.

—Aconsejamos a los habitantes estar siempre listos para llamar a emergencias y no salir después de las 10 pm.

"El miedo es el sentimiento más poderoso en los seres vivos, siempre está presente, observándote, sientes que te está cazando, a tu lado, detrás de ti, en esa puerta al fondo. Jamás te dejará, debes aprender a vivir con él,

porque él no está dispuesto a dejarte.

El miedo es un arma, una herramienta, y para algunos incluso llega a ser alimento. ¿Cuántas veces te pareció ver algo por el rabillo del ojo? Escondiste tu miedo diciendo que era una pestaña al voltear y no ver nada, pero siempre habrá algo devolviéndote la mirada, siempre habrá algo observándote. Lo estás alimentando. Rara vez atacará, pero... ¿Qué pasa cuando lo hace?"

—Ay, Dios, solamente yo leo estas cosas a esta hora. Son las 9... Vamos a tener que rezar doble antes de dormir.

Susurró mientras cerraba su libro y se levantaba una joven más o menos alta, de cabello corto y rojo con unas raras puntas rosas y ojos redondos de un azul ligero y envolvente. Daba vueltas llamando al perro por el pequeño apartamento de solo un cuarto, un baño y una pequeña sala comedor.

—¿Mochy? ¿Cómo te pierdes en un lugar tan pequeño? Aquí estás —dijo rascándole la panza al rat terrier vendado de las patas traseras que tiene como mascota—, es hora de cenar... ¡¿Que qué?! ¡Mochy, ya no tienes comida! Creo que había algo en el refrigerador... Nada, hmm. ¡Y todavía tengo que comprar el antiinflamatorio! Soy la peor madre del mundo...

Mientras cerraba el viejo gabinete, la puerta de este se desprendió y le rasgó la mano, haciendo que cayeran unas cuantas gotas de sangre.

—¡Ay!

Al dar un paso atrás el piso se fracturó, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera sentada.

—¡Pobrecilla! ¡Estúpidos! ¡Puerta, puerta! ¡Ah, ja, ja, ja!

—¡Au! ¡Cómo duele! ¿De qué te ríes, Sergei Petrovich? —preguntó enojada al loro de nombre extraño que empezó a burlarse—. ¡Tal vez te venda para arreglar estas cosas! Todavía tengo que ir a comprarle comida a Mochy, y hace frío afuera... ¿No quieres ir tú, Mochy? Me lo imaginé.

Se guardó una pequeña navaja multiusos y salió con calma del viejo apartamento vistiendo una gran sudadera, un pantalón ajustado y unas grandes botas negras. Cerró con cuidado cuando algo parecía pasar por la ventana del edificio; ella volteó con rapidez y confusión, asomándose sin encontrar nada y cerrando la ventana.

«Debe haber sido un murciélago, no hay nada en el tercer piso...»

—pensó para calmarse.

Un pájaro chocó contra la ventana, pero no parecía haberse estrellado por un mal vuelo, porque tenía las alas arrancadas, detalle pasó desapercibido por ella.

—¡Ay! —gritó mientras choca la espalda contra la pared—. «Que susto...»
Pobre, ¿no notó la ventana? «Pero es de noche, ¿entonces?»

Siguió avanzando hasta bajar las escaleras y encontrarse con un viejo vecino.

—Buenas noches, Nachloe. ¿Vas a salir tan tarde?

—Buenas noches, señor Gagnon. No tengo otra... Mi perro no tiene comida ni medicina. Solo voy a la veterinaria de la 1116, la Old Clinic.

—Deberías ir con cuidado, querida, las cosas estuvieron empeorando últimamente en toda la zona...

—Gracias, a esta hora todavía hay algunas personas en la calle. ¡Nos vemos!

El hombre se despidió con clara preocupación y entró a su apartamento.

Mientras caminaba entre unas cuantas personas por las frías y lindas calles de la 48, una patrulla de policía se detuvo junto a ella y dos oficiales bajaron para hablarle.

—Buenas noches, señorita, ¿caminará muy lejos? Necesitamos hablar con usted —dijo recargándose a la patrulla.

—¡No he hecho nada!

—No se preocupe, solo queremos decirle que tenga cuidado, ha habido muchos incidentes en las últimas semanas. Aunque hayamos intensificado los patrullajes esto no parece bajar.

—¿No le molesta que la acompañemos? También es una sugerencia.

—No creo que sea necesario que se preocupen... Solo voy a esta veterinaria, gracias.

—Vaya con cuidado y siempre esté preparada para llamar a emergencias. Tenga buenas noches.

—Buenas noches.

—Sí, gracias.

Nachloe sacó un Nokia 6300 y comenzó a escribir a prisa.

«Siguen las preocupaciones por eventos extraños... Las noticias dicen que no es un conflicto de bandas. En internet afirman haber escuchado ruidos muy raros y han visto animales enormes persiguiendo personas, también creen que los asesinatos son por estos mismos, pues las heridas son tan grandes, exageradas y profundas como el ataque de un oso... No he visto nada, pero he oído ruidos cerca del edificio. Espero llegar pronto con Mochy...»

Después de comprar, y regresar, Nachloe se regañó a sí misma mientras miraba a todos lados.

«Solo yo hago estas tonterías, ¡para la otra compro todo temprano o no compro nada! Tengo hambre...»

Fuertes golpes se escucharon al fondo de unos callejones, como si un martillo golpeará unas láminas. Nachloe volteó con miedo y empezó a caminar más rápido.

«¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Qué fue eso? ¡De todas formas no quiero saber, tengo que irme de aquí!»

Entonces notó algo que no estaba igual que cuando llegó a la veterinaria, la calle estaba completamente vacía, las personas se habían ido. Una fuerte luz a unos 20 metros de ella empezó a acercarse.

—¿Qué está...? ¡¿Qué es eso?!

Chillidos y sonidos extraños empezaron a aumentar poco a poco al mismo tiempo que los golpes se sentían cada vez más cerca.

Nachloe retrocedió con terror; entonces emergió de la oscuridad una especie de araña lampiña con una gran cabeza de murciélago y manos humanas en la punta de las patas. Se movía en la oscuridad, acercándose y cambiando de dirección a gran velocidad.

—¡Ay, Dios! ¡No! ¡No! ¡Ayuda, por favor!

Nachloe empezó a correr tirando sus cosas y gritando por ayuda mientras sacaba su teléfono.

La araña se movía de forma tal que la acorraló hacia uno de los callejones,

la señal de teléfono se cortó y sus gritos jamás se escucharon.

—¡Quien sea! ¡Ayuda, por favor!

Una mujer salió del callejón tomándola de la mano y corriendo lejos de la criatura.

—¡No te detengas!

La araña empezó a soltar gritos de mujer, ladridos y chillidos mientras se estrellaba entre paredes y contenedores sin detener su persecución.

—¿Qué... ¿Qué es esa cosa?!

Después de adentrarse a varios callejones, la mujer se detuvo y la bestia dejó de escucharse, el silencio volvió y solo la respiración agitada fuera de control de Nachloe es lo que se resonaba esa noche.

—Bien, ya estamos bien, ¿no te ha pasado nada, querida?

—N... No... Creo que estoy bien —respondió con terror arrastrándose hasta la pared.

—Perfecto, ah... ¡Ese terror, ese miedo suena totalmente exquisito! —dijo la mujer mientras frotaba todo su cuerpo con sus manos.

—¿Cómo? ¿Qué hace? ¡No! ¡No!

La mujer lamió la mejilla y la ceja de Nachloe mientras exhalaba profundamente. Unos sonidos extraños empezaron a salir de ella, con fuerza apretó sus brazos y expandió su mandíbula para soltar una terrible mordida en la tráquea, provocando un salpicón de sangre. Entre pataleos y arañazos, Nachloe escuchó como algo crujió y se desprendió, pero sin dolor alguno, dejó de sentir, dejó de ver y dejó de escuchar.

Los colores rojo y negro se apoderaron de su mente mientras veía todos sus recuerdos, el lecho de muerte de su padre, la despedida de su madre, la tristeza, el dolor y la soledad fueron los únicos sentimientos que experimentó antes de repetir su muerte una y otra vez.

—¡El marido mató a su mujer! ¡Estúpidos! ¡Puerta!

—¿Así ocurrió, Arthur?

Nachloe se despertó violentamente, pateando en todas direcciones mientras gritaba. Su escándalo hizo que cayera de la cama y reaccionara

momentáneamente.

—¿Qué?! ¿Qué pasó?!

Mientras miraba a todos lados sujetándose el cuello, notó las pastillas del perro, un saco de alimento, su sudadera colgada en la puerta y sus botas acomodadas. El perro le lamió las manos chillando de hambre.

—¿Un sueño!? ¡Todo fue un sueño! Santo cielo... —dijo mirando el libro de terror que estaba leyendo—, desgraciado...

—Así es, Frank, no hay más noticias de ella.

Revisando su teléfono, no había llamadas ni mensajes, también parece que no había hablado con alguien en un buen tiempo. Cuando Nachloe entró al baño su puerta empezó a ser golpeada repetidamente.

—Ya voy... ¡Señor Gagnon! —saludó cuando se asomó—. ¿Pasó algo?

El hombre vio a todas direcciones sin encontrar nada.

—¿Señor Gagnon?

—¡Dios! No me asustes así, chica.

—¿Cómo? Pero si le estuve hablando, ¿pasó algo?

—¿Qué si pasó algo? ¡¿En dónde estabas, chica?! Ayer te llamamos a la puerta por la tarde y no respondiste.

—Anoche hablé con usted, ¿no se acuerda?

—¡Esa fue la noche anterior! Nos preocupaste a todos, ¡deberías tener más cuidado! La familia del 3, mi esposa y yo nos preocupamos mucho. Estábamos a punto de ir con la policía a reportarte desaparecida.

—Lo siento, gracias por preocuparse.

—Esto es muy enredado, Arthur, suena horrible...

Miró su teléfono después de despedirse para darse cuenta que estuvo un día entero durmiendo.

—¿Pero cómo?! ¿Habré comido algo mal? Ya mañana tendré que trabajar...

El resto del día se la pasó pensando en lo que había pasado.

Mientras llegaba al trabajo, saludó a uno de sus compañeros, pero este pareció ignorarla.

—¿Hola? ¿Pasa algo? —preguntó mientras le sujeta el hombro.

—¡Ah, Nachloe! Que susto, no te había visto.

—¿En serio? Pero te estuve hablando.

—No te escuché.

«¿Él tampoco? Ya van tres veces que pasa lo mismo. Esto me está poniendo nerviosa».

—Recuerda que el ataque empezó el viernes, Frank. Vamos.

El extraño fenómeno siguió sucediendo durante todo su turno en el centro comercial, era ignorada por compañeros y por clientes, Nachloe empezó a desesperarse poco a poco, rascándose la ceja cada vez más rápido.

Mientras regresaba por las frías calles de Québec, se dio cuenta que estaba por pasar por el callejón de aquella pesadilla, ese horrendo lugar que no podía tolerar; escalofríos recorrieron su cuerpo mientras trataba de cruzar sin voltear.

Una abrupta sensación de asfixia la atrapó comenzando a tambalearse hasta que cayó. Ninguna de las personas cerca notó eso, incluso alguien se tropezó con ella sin percibirla.

—¡Ah! No... No he comido nada, tal vez sea eso —mencionó levantándose.

Así terminó el lunes. La hermosa aurora de la mañana marcó el inicio del martes, donde las cosas se pondrán peor para Nachloe.

—Buenos días, Mochy.

Nachloe se sirvió su gran tazón de cereal como en todas las mañanas, pero cuando se llevó la cuchara a la boca escupió todo sin poder tragarlo y empezó a toser y a atragantarse cada vez que lo intentaba.

—¡Ugh! ¡Cof, cof! No puede ser... Debo ir a ver a un doctor... Buenos días, Sergei Petrovich... ¿Hola?

Por más que sacudía sus manos y la jaula el loro se muestra asustado por

ser incapaz de verla o escucharla.

—Había escuchado historias de personas que no se logran dar cuenta que murieron, pero esto...

—¿No me puede ver? ¡No me puede ver! Dios, no puede ser, ino puede ser!

La cuchara y el plato empezaron a agitarse solos. Los epilépticos recuerdos en rojo y negro regresaron en forma de jaqueca, lo que hizo que dejara todo tirado y saliera corriendo del cuarto hasta la puerta de la familia Bouchard del apartamento 3.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡¿Hay alguien?!

El hombre abrió la puerta y comenzó a ver hacia todos lados confundido.

—¿Señor Bouchard? ¡Señor Bouchard! —gritó apretándole el brazo.

—¡Ah! ¡¿Nachloe?! ¡Qué susto! ¿De dónde saliste?

—¡Estuve frente a usted todo el tiempo!

—¿Estuviste qué? No te escuché, querida.

—¿No me escuchó?

Nachloe empezó a respirar tan agitadamente y con tanta desesperación que comenzó a marearse. Un sonido agudo resonó tan fuerte que tapó sus oídos con sus manos y chocó contra la pared.

—¡Debo salir de aquí! ¡Alguien debería poder ayudarme!

Corrió entre las personas intentando hablarles con desesperación; un esfuerzo inútil, ya que jamás fue percibida.

—¡Nadie sabe que estoy aquí! Nadie sabe...

Tambaleante regresó hasta su apartamento donde solo fue recibida por el perro. Los pensamientos rojos de dolor y negros de tristeza empezaron a golpear sus recuerdos, corrió hasta el baño para vomitar durante 3 minutos completos. Sin fuerzas y con la vista borrosa caminó temblando hasta caer boca arriba en la sala.

Entre la oscuridad de su mente una puerta estaba siendo golpeada, cuando intentó abrir los ojos empezó a sentir un hormigueo en la garganta, después una molestia y al final un ligero dolor. Nachloe no podía hablar, no podía ver y no podía escuchar. El dolor de la garganta

creció hasta el punto en el que ella era casi consciente de su cuerpo; el dolor se volvió tan insoportable que sentía que iba a explotar; entonces su garganta se desgarró escurriendo sangre y expulsando cientos de murciélagos y arañas que recorrieron la habitación. Lo último que vio fue un ojo negro sobre una luna roja en su techo.

Nachloe volvió a despertar para encontrar a su perro lamiéndole la garganta. Agitada y repleta de sudor se levantó de un salto viendo a todos lados con frustración.

—¡Ah! ¡No! ¡¿Qué?! ¡Mochy!

La puerta seguía siendo golpeada una y otra vez.

—Otra terrible pesadilla, iré a buscar ayuda pronto. Espero que no hayan oído esto... ¡¿Qué?!

Al pasar por su espejo notó una pequeña línea roja en su garganta, como si una cuerda la hubiese apretado muy fuerte; pero la puerta aún estaba siendo golpeada, cosa que la distrae.

Nachloe abrió la puerta lentamente; en el pasillo estaban dos hombres de aspecto serio y con cara de auténtica sorpresa.

—Santo Dios... —susurró Frank viendo a Nachloe.

—Buen día, ¿desean algo?

—¿Nachloe Étoiles? —preguntó Arthur.

—¿Sí? «¡Gracias, Dios mío! Sí pueden verme...» —pensó con euforia y suspiró de alivio— ¿Desean algo?

Arthur abrió la boca pero tardó casi 5 segundos en poder sacar las palabras.

—Venimos a resolver su deceso.

—¿Cómo? No, debe ser un error, no tengo familiares recientemente fallecidos.

—Usted ha muerto.

—Perdón, ¿cómo?

—Usted murió hace cuatro días.

El rojo recuerdo de aquel ataque regresó, el miedo regresó en forma de palabras, una descarga de nervios y horror recorrió todo su cuerpo, su mente colapsó. Nachloe entendió entonces que en verdad murió.

Capítulo 1. Fin.

Capítulo 2

Las Maldiciones de la Doncella

El agudo sonido de la desesperación junto a aquella frase empezaron a recorrer la mente de Nachloe, ella quedó congelada al escuchar aquella noticia dejando caer al suelo su teléfono; su cara empezó a ponerse blanca haciendo que resaltaran aún más sus terribles ojeras. Estaba muerta, desapareciendo, desvaneciéndose.

—¿Cómo... ¿Cómo dice? —preguntó en voz baja y temblando.

—Señorita Étoiles, ¿podemos pasar a hablar? —preguntó Frank aturdido.

—Usted fue víctima de uno de los incidentes de hace cuatro días, señorita Étoiles.

—Pero, ¿muerta? ¿Cómo puedo estar muerta?

Frank volteó a ver a Arthur, dirigiéndole una seria mirada de preocupación.

—Usted fue reportada desaparecida el sábado por la tarde —respondió Frank—, el domingo se encontró un cuerpo en uno de los callejones de la segunda avenida...

Frank le mostró las fotografías que terminaron su tortura, quedó en blanco, dejó de pensar al ver aquellas imágenes. El cuerpo seco de una mujer de cabello rojo se encontraba recargado en una pared manchada con manos de sangre. Aquel cuerpo carecía de rostro, de cuello y tenía un agujero de la clavícula hasta abajo del pecho izquierdo.

—Esa... esa... esa...

—Esa es usted —dijo Arthur con voz baja y preocupada.

Las manos de Nachloe dejaron de temblar para empezar a ser sacudidas descontroladamente, su cara empezó a agitarse y sus latidos eran casi escuchados por Arthur y Frank.

—¿Señorita Étoiles...?

Nachloe descendió al suelo ligera como una pluma y sin ninguna expresión donde apenas fue atrapada por Frank. El confuso, frío e inquietante

ambiente selló las bocas de ambos hombres.

Cuando Frank la recostó en un sillón notó un montón de cabellos rojos atrapados en su mano.

—Está terriblemente estresada, Arthur.

—Sí... Sí lo noté, Frank.

—¿Qué está pasando, Arthur? ¡La muchacha apareció muerta!

—¡No lo sé, Frankie! —exclamó Arthur rascándose la cabeza.

Una pequeña gota de sangre cayó en la mejilla de Nachloe y se desplazó hasta llegar a sus labios. Ambos hombres miraron hacia arriba para ver el dibujo de un pequeño ojo negro en el techo, cosa que los enervó hasta los huesos.

—¿Ese es...? Dios mío.

—El mismo que aquel tatuaje, Frank.

Cuando esa gota tocó a Nachloe unas rojas imágenes intermitentes de su muerte y sus recuerdos la invadieron junto con unas fuertes náuseas que recorrieron todo su cuerpo.

—Voy a revisar el piso de arriba —dijo Frank alejándose del sillón.

En ese momento Nachloe despertó y se aferró al brazo de Frank gritando.

—¡No te vayas!

Los focos del cuarto se reventaron, asustando a los tres e incluso a los animales.

—¡Ay, Dios!

—¡Santo cielo! —exclamó Arthur retrocediendo.

—¿Qué?! ¿Señor? ¡Ah! —gritó Nachloe soltando a Frank y aferrándose al sillón—. ¿Qué pasó?!

—¡Eso quisiéramos saber! Casi me arranca el brazo...

—Perdóneme... —respondió a punto de llorar—. ¿Qué me está pasando? ¿Qué hice para llegar aquí?

—Queremos... Vamos a ayudarla, señorita Étoiles —dijo Arthur sujetando su hombro—. Pero, de verdad quisiéramos saber como.

Frank miró a Arthur con nervios y después habló con Nachloe para calmarla.

—Escuche, señorita Étoiles... Trate de calmarse, no pasará nada más, pero necesitamos hablar, ¿sí?

Nachloe lo miró unos segundos en silencio; momentos en donde se relajó poco a poco.

—Está bien...

Después de unos largos minutos en donde Nachloe y ambos hombres bebieron café, comenzó aquella inquietante conversación.

—¿Recuerda bien todo lo que pasó el viernes, señorita? —preguntó Arthur.

—Yo salí de mi casa a comprar alimentos y antiinflamatorios. De ida no había nada raro, había unas cuantas personas y hablé con unos policías...

—¿Le dijeron algo los policías o habló con alguien?

—Solo que estuviera atenta y fuera cuidadosa... Antes de eso hablé con el señor Gagnon, del departamento 3, pero...

Regresó el recuerdo de aquella oscura imagen que pasó por su ventana y el ave con las alas arrancadas que se estrelló frente a ella.

—Algo pasó... Una sombra oscura pasó por mi ventana y un pájaro se estrelló un momento después.

—¿Habrá sido una advertencia, Arthur? —susurró Frank.

—Es igual que en Sacramento... Pero hubo un lapso de tiempo mayor con respecto al fallecido Donovan.

—Aquella vez solo estaba Utlely, aquí estaban los vecinos y las personas en la calle, esperaban a que estuviera sola.

—¿Así fue? —preguntó Nachloe angustiada—. ¿Pero quienes? Yo nunca me metí con nadie...

—Las víctimas anteriores tampoco presentaron motivos o coincidencias. Donovan volvía a casa después de una mala noche de pelea en un bar. Aquel joven de Córdoba estaba practicando ciclismo como en todas sus

mañanas, ¿verdad, Frank?

—Así es. Y de los casos de Montreal y... Quebec, la mujer iba de camino al trabajo después de preparar el desayuno y la señorita Étoiles volvía de una veterinaria.

—¿Después que pasó, señorita Étoiles?

—Cuando regresaba de comprar empecé a escuchar ruidos en un callejón; y una cosa... ¡Fue horrible! —exclamó sollozando—. Era una araña enorme, tenía cabeza de murciélago y manos humanas... Después salió una mujer... Ella me... me mordió la garganta...

—El viernes ocurrió el asesinato del callejón...

—¿Ante el mundo estoy muerta? —preguntó aturdida—. ¡Hablé con mis vecinos hace poco, es imposible! ¡Incluso estoy hablando con ustedes en este momento!

—Verá, señorita —interrumpió Arthur—. La situación es que este cuerpo no pudo ser identificado, para todos una joven sin identificar fue parte de los asesinatos violentos, pero nosotros vemos que es usted, por el pelo, el cuerpo y el reporte...

—¿Cuándo fue la última vez que interactuó con alguien?

—Ayer regresé de trabajar y hablé con el señor Bouchard, pero...

—¿Pero?

—¡Casi no pudo verme ni escucharme! ¡Ni siquiera el loro puede hacerlo!

Arthur y Frank devolvieron preocupantes miradas y trataron de seguir hablando sin mostrarse alterados.

—De ser así no podríamos hablar con usted, señorita —dijo Arthur cruzando los brazos—. ¿Simplemente no era percibida? ¿A eso se refiere?

—¡Que sí! Si supiera que está pasando ya se los hubiera dicho...

—respondió cubriendo su rostro para tapar su angustia.

—¿Qué tal si salimos a hablar con los vecinos? Puede que nos sea de utilidad —sugirió Frank.

—Tal vez la interacción con sus vecinos sea diferente esta vez, señorita.

Nachloe apenas podía pararse debido a la falta de comida y el miedo. Con inquietud se aferró al brazo de Frank y al hombro de Arthur y salió al

pasillo del edificio. El señor Gagnon iba subiendo las escaleras cuando los vio e inmediatamente corrió como pudo para alcanzarlos.

—¡Nachloe, querida! ¡Estás bien, nos tenías muy preocupados! —exclamó abrazándola.

—Me da gusto verlo, señor Gagnon.

—¿Qué has dicho?

—Que me da gusto verlo.

—¡Claro que sí! ¡No nos vuelvas a dar esos sustos, por Dios! ¡Gracias por encontrarla, no dudé de ustedes un segundo! —dijo abrazando a ambos hombres y retirándose.

—¿No tiene problemas auditivos? Hablaste bastante claro —preguntó Frank.

—Es lo que les digo. No me escuchan, y a veces no me ven...

Un ave volvió a estrellarse en la ventana, manchándose de sangre, pero la única diferencia a la vez pasada es que esta ave no tenía cabeza.

—¡Ay, justo así! —gritó Nachloe retrocediendo con terror.

—¡Frank!

Frank corrió hacia la otra ventana para ver quien la había lanzado, logrando ver solo una persona cruzando detrás de una casa. Con rapidez bajó las escaleras y corrió en dirección de la casa; al dar vuelta en el callejón encontró a un gran hombre tratando de saltar el muro del callejón.

—¡Alto! —gritó Frank corriendo a toda velocidad.

Frank saltó y sujetó al hombre del cuello y bajo la axila, para después caer de espaldas en el callejón. En esos fugaces segundos, Frank notó como aquel hombre se volvió más ligero y más frío, cuando lo volteó para verle el rostro cambió su enojo por terror.

—¿Donovan?! ¡Por Dios! —gritó apartándose y cayendo de espaldas.

Arthur y Nachloe llegaron a la entrada del callejón, quedando congelados por aquella escena. Frank tenía los brazos y el torso cubiertos de sangre; el hombre volvió cenizas y humo su brazo izquierdo y mitad de su cuello, quedando como la primera vez que fue encontrado; se levantó lentamente y empezó a gesticular su ensangrentada boca hasta que salieron palabras.

—Ah... La...

Cuando trataba de hablar salían gotas de sangre que se volvían humo al tocar el suelo. Frank veía con terror a aquel moribundo hombre muerto. Con un gran temblor sacó un revólver de su espalda y trató de gritar, pero sus palabras no salían por el seco y silencioso miedo.

—Así... No debía ser así... Debe comer... Mátala... Mata a la do...

El hombre calló y comenzó a tambalearse, su cuerpo liberó humo lentamente hasta desvanecerse en el aire y dejando cenizas en el suelo. Pasó un eterno minuto antes de que Arthur pudiera decir algo.

—F... Fra... Frank.

—¡Se... Señor Frank!

Frank se levantó sin poder voltear a verlos, solo veía las cenizas mientras seguía con el revólver en la mano.

—¿Algo así fue lo que vivió, señorita Étoiles? —preguntó Frank volteando con una terrible preocupación.

Nachloe asintió en silencio y todos volvieron a su cuarto.

—¿En dónde podemos hablar de esto, Arthur? Necesitamos hacer algo.

—No estoy seguro de que hacer, Frank... ¿Quién podría ayudarnos con esto? Dios santo...

—Disculpen... Por más básico que suene, creo que deberíamos ir a alguna iglesia; ¿sonó muy mal?

Dentro de algún grande y viejo desierto en alguna parte de Asia occidental, una gran tormenta azotaba y revolcaba las grandes y arenosas tierras. Una vieja cabaña en medio de la nada se sacudía sin ser arrancada; se negaba a ceder a aquel imposible evento meteorológico.

En el frío, sucio y oscuro interior se encontraban en las paredes horribles retratos de personas cuyas caras expresaban el más puro terror. En los cuadros se apreciaban torturas, asesinatos, suicidios y muchas más atrocidades; y de estos cuadros surgían gritos y lamentos desgarradores.

—Ah... Pequeña doncella... Pequeña, hermosa y joven doncella... Una tenue y vieja voz se lamentaba en toda la cabaña repitiendo la misma frase; después de un rato una suave y dulce voz llegó a calmar aquellos

lamentos.

—Madre... ¿Puedo saber qué ha pasado, madre?

Una joven de largo cabello ocre ondulado y ojos negros entró a la grande y oscura sala de la cabaña.

—Has fallado... Me has fallado... Mi doncella, no me trajiste a mi doncella...

El tono de esa vieja voz cambió lentamente, y pasó del lamento al odio.

—No sé qué pasó, madre. Cumplí tus deseos; hemos comido, madre.

—Revolviste los tiempos... Mezclaste dos cosas que no debías... Mi hija debería ser capaz de hacer un trabajo perfecto, debes ser castigada, pequeña...

—Lo siento, madre.

La joven se elevó y se estrelló contra el techo, quebrándose y clavándose decenas de astillas. Las sombras se unas manos se enterraron en su garganta y la arrojaron sobre la mesa; cuando gritó de dolor sus ojos se iluminaron de un amarillo tan macabro e intenso que hizo que los objetos cercanos temblaran.

De nuevo fue levantada; ahora quedando suspendida de cabeza; sus brazos empezaron a enrollarse y a crujir como trapos, su garganta fue compactada como una lata; la sangre empezó a brotar de sus ojos, nariz y orejas y sus costillas crujieron.

Después de un congelante minuto en silencio, su cuerpo tomó su forma original y cayó quebrando un sillón.

—Arregla tus errores, hija... No vuelvas a hacerme esto, pequeña...

—Claro que no, madre. Repararé mis errores y nunca más estarás decepcionada de mí.

La joven se inclinó sobre su rodilla y enterró con fuerza uno de sus dedos en su pecho; agujero del cual salió sangre y humo.

Nachloe abrió los ojos en una gran carretera rodeada de agua; no había nada alrededor, solo el viento, el agua y el cielo mezclados. Era un día frío y gris; los suaves sonidos de su pasado la acariciaron con nostalgia, llamados de su madre, caricias de su padre, juegos con su hermano. Empezó a caminar llena de paz hasta que notó algo en el fondo de la carretera. Un hombre alto de unos 32 años extendió su mano para

saludarla desde lejos.

—¿Ese es? Ese es... ¡Ese es! ¡Papá!

Emocionada empezó a correr lo más que podía para alcanzar a su papá.

—Siempre quise volver a verte... ¡Me has hecho mucha falta!

Nachloe siguió corriendo, entre más se acercaba el agua iba aumentando un tono rojo.

—Tú me mataste.

Se detuvo a solo 3 metros quedándose atónita ante esas palabras.

—¿Yo? ¿Por qué habría hecho eso? ¡Solo quiero estar contigo una vez más!

—Has sido el error más grande que cometí, arruinaste nuestras vidas y nuestros sueños.

—¿Por qué me dices eso, papá?

La voz del hombre comenzó a distorsionarse y Nachloe empezó a retroceder con angustia; en ese instante comenzaron a caer gotas negras y el agua y el cielo se tornan de un intenso rojo.

—Alejarme y desaparecer de ti fue lo mejor que hicimos tu mamá y yo, no merecías nada.

—Tú... ¡Tú no dirías algo así! ¡Detente, por favor! —exclamó llorando y angustiada.

El hombre empezó a quejarse y tambalearse; de su boca salió una gran mano llena de pelo que se enterró en el asfalto; su piel comenzó a desgarrarse y de este emergió aquella mujer de cabello negro que la asesinó a sangre fría.

—Nuestra madre te necesita... No debes escapar; por favor, detente... Te seguiremos matando en este mundo y el siguiente...

La mujer explotó liberando una insoportable mezcla de gritos y chillidos de animales junto con incontables litros de sangre, murciélagos y arañas; criaturas las cuales comenzaron a invadir todo su cuerpo, asfixiándola y arrastrándola al agua.

—¡No! ¡Alto!

Nachloe despertó gritando alterada y aterrada, reventando los cristales de

la camioneta y resonando un eco similar a un distorsionado aullido.

—¡Por Dios! —exclamó Frank casi perdiendo el control de la camioneta.

—¡Nachloe, calma! ¡Detente, Frank!

Frank se orilló bruscamente casi atropellando a unos civiles y Arthur se bajó para calmar a Nachloe.

—¡Escúchame a mí, Nachloe! —gritó sosteniendo su cara con ambas manos—. ¡No te dejes llevar, escúchame a mí!

—¡Suéltame! —gritó Nachloe siguiendo en la pesadilla.

Las personas observaban confundidas sin saber que estaba pasando.

—¿Ocurrió algo?

—Creo que está convulsionando...

Frank corrió al lado derecho de la camioneta para entrar a los asientos traseros.

—¡Ya pasó, Nachloe! ¡Calmate!

Nachloe empezó a relajarse, acostándose y moviendo los ojos a todos lados; en ningún momento se dejó de apretar el pecho con fuerza.

—¿Pero qué...? —preguntó Frank viendo las ventanas rotas.

—¿Nachloe, nos oyes? ¿Te duele mucho el pecho?

—Sí... Me... Me asfixia...

Ambos intercambiaron profundas miradas traumadas. Después de unos segundos en silencio Frank abrió con cuidado la sudadera de Nachloe y descubrieron un tatuaje oscuro con forma de ojo a unos centímetros a la izquierda del esternón, justo sobre el corazón.

—No podemos perder más tiempo, Frank, vamos.

—¿Se ve muy mal...? —preguntó Nachloe con voz entrecortada.

—Sí...

Llegaron a una pequeña iglesia en las curvas de la segunda avenida, lugar

en donde fueron rechazados sin siquiera explicar su problema.

—¿Por qué ha sido eso? ¡No puede ser! —exclamó Frank golpeando el volante.

—Tenemos que seguir, Frank.

Con prisa llegaron a la basílica notre dame, al sureste de Quebec; donde entraron buscando hablar con alguien.

—Necesitamos a alguien que pueda ayudarnos, esta joven tiene...

—Aquí ya no se practica nada de eso, caballeros, lo siento —respondió el sacerdote huyendo de ellos.

—Maldita sea... —murmuró Frank.

Cuando estaban saliendo por la puerta lateral una madre se les acercó susurrando con preocupación.

—Tal vez puedan preguntar a la Saint-Fidèle... Seguro pueden decirles algo.

Rompiendo el límite de velocidad llegaron a la iglesia de Saint-Fidèle y corrieron con Nachloe en busca de ayuda.

—¿Alguien puede...?!

Frank se quedó callado abruptamente al darse cuenta que entraron en plena misa, los tres salieron tan rápido como entraron por todas las amenazantes miradas de los feligreses.

—¡Dios, vamos a dar la vuelta, Frank! —susurró Arthur.

Cuando entraron por la parte trasera una monja los estaba esperando con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber por qué el atrevimiento? ¿Así llegan a la casa del señor?

—¡Madre, necesitamos ayuda! —exclamó Frank—. Esta joven tiene un problema demasiado complicado...

—¿Problema?

Arthur terminó de contarle la situación a la madre en la sacristía; dicha mujer no dijo ni una palabra mientras mantenía una fuerte cara de

asombro.

—Cuando el cura termine su celebración lo llamaré, creo que él hará más por ustedes...

El cura llegó terminada la misa. El hombre de unos 50 años, delgado y de baja estatura llegó bebiendo aguardiente, saludando y quitándose la sotana.

Las hojas de un gran cedro caían con delicadeza sobre unos arbustos en el patio; un hermoso espectáculo para Nachloe, quien las veía con melancolía desde la ventana mientras los hombres hablaban con el desdichado cura con el que llegaron; su cara pasaba de la calma a la frustración, y de nervios a miedo.

—¿Dice que era una bestia...? —preguntó tragando saliva.

—Y esos terribles síntomas; de verdad no sabemos qué hacer... —dijo Frank.

—Creo... Creo que podemos intentar algo —dijo el cura cruzando sus dedos.

La tarde empezaba a llegar en Quebec; donde el viento y el silencio traían un ambiente frío y tenso. Todos acompañaron al cura al gran patio del curato, lugar en cuyo fondo había una vieja puerta con un gran candado.

—¿Qué hará aquí? —preguntó Nachloe nerviosa.

—Aquí trabajábamos antiguamente los exorcismos,

—¿Cómo? ¿Me van a... eso? —preguntó retrocediendo asustada—. ¡No, yo no tengo nada de eso!

—No haré esa práctica contigo, hija. Haremos algo más...

—Esto es para ayudarlo, señorita Étoiles —dijo Arthur.

Nachloe volteó a ver a Frank para saber si también coincidía.

—Puede que no tengamos tanto tiempo, también necesitamos respuestas; nosotros estaremos aquí, Nachloe.

Después de unos segundos silenciosos, Nachloe accedió a las sugerencias. Todos entraron al viejo y polvoso cuarto lleno de telarañas.

—Honestamente... Jamás creí estar en una situación así —dijo Arthur

encendiendo un puro.

—Estas cosas te quitan lo escéptico de golpe... —susurró Frank.

—Esta cámara se usó desde la segunda guerra mundial hasta 1970 como sala de exorcismos y prácticas santas; hacía años que no tenía la necesidad de volverla a abrir... Señorita, siéntese.

Nachloe se sentó llena de miedo y ansiedad en un gran sillón de madera con cruces y aves talladas; el cura se sentó frente a ella con un crucifijo y una pequeña botella.

—¿Puedes decirme lo que has visto en tus sueños?

—He... he muerto una y otra vez, mis recuerdos son alterados para mostrarme tragedia y muerte... Y aquella persona que me asesinó se apareció solo para volverme a amenazar... Todo es horrible, la angustia me invade y me asfixia... —dijo Nachloe mostrándole el tatuaje que apareció en su pecho.

El cura observó el ojo unos segundos en silencio hasta que se levantó y caminó hasta el fondo de la sala donde sacó un pequeño baúl mientras murmuraba.

—¿Esto es normal, señor Arthur? —preguntó Nachloe viendo a ambos—. ¿Señor Frank?

—Él debe saber lo que hace, querida —respondió Arthur.

Frank solo asintió para Nachloe, quien volvió a acomodarse en el sillón.

El cura usó unas viejas llaves oxidadas; del baúl sacó un puñal de plata que bañó con el agua de una de sus botellas; se acercó preocupado a Nachloe y alzó el puñal al cielo.

—Praesent at tempor mi. Vulnera huius corporis sanare debeo; supplex supplex peto, pater, ut cognoscas, quae tua haec misera filia torquet mala; Deprecor te ad responsum, Deus meus... —pronunció sin siquiera parpadear.

Nachloe mantuvo los ojos abiertos viendo fijamente el puñal e intentó retroceder. Ambos hombres se asombraron y asustaron de aquel movimiento, cuando Frank trató de moverse fue detenido por Arthur, quien asintió para que continuara.

—Exaudi, Deus meus. An malum principis es, an malae matris es?

El cura levantó el puñal con su mano derecha y puso su mano izquierda sobre su pecho, sosteniendo el crucifijo. Con gran fuerza rozó el puñal en su mano, provocando un gran corte en toda la palma. La sangre empezó a escurrir del crucifijo y cayó en la marca de Nachloe; cuando la sangre entró en contacto con ella un sonido parecido a algo quemándose resonó y humo emergió de su pecho.

—¡Ay, arde mucho!

El asombro robó cualquier sonido de ambos hombres, no podían expresar siquiera un ruido de tan gran impresión.

—No puede ser... —dijo el cura amarrando su mano con un trozo de su sotana.

—¿Qué... qué pasó? —preguntó Frank boquiabierto.

—Señorita...

El cura notó lo alterada que estaba Nachloe; se levantó y habló con los hombres, quienes seguían pasmados.

—Hay veces... Hay veces en las que no queremos preguntar por temor saber la respuesta; me temía que algo así pasara, pero por desgracia siempre hay una primera vez...

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó Arthur.

—Con lo que me habían contado antes... Tal parece que la señorita Étoiles fue asesinada por una bruja.

Un frío silencio azotó la vieja sala santa, ninguno habló ni volteó; todos seguían viendo al cura sin parpadear.

—¿Qué... qué debemos hacer? —preguntó Arthur.

—Jamás había trabajado con algo así; sin embargo creo que podemos hacer algo...

Las puertas de una gran sala en el interior del curato se abrieron y entraron los 3 hombres y Nachloe, quien seguía temerosa por aquella noticia. La gran habitación, de tenues luces y viejas paredes daba un aspecto inquietante por su descuido, pero no llegaba a alterar la paz de quienes entraron.

—¿Este lugar cuenta como biblioteca? —preguntó Arthur recortando un

puro.

—Sí, es solo una humilde sala de registros, señor Matney. Trabajos de curas y obispos que datan de 1920.

—¿Cree que pueda encontrar algún caso parecido? —preguntó Nachloe acercándose.

—Esperemos...

Después de largos minutos, polvos y páginas; Frank empezaba a perder la paciencia.

—¿No quiere que lo ayudemos? Así será más rápido.

—No seas desesperado, Frank. Algo encontrará el cura.

—No se apure, señor Frank, sé qué quiere ayudarme —dijo Nachloe jalando la manga de su camisa.

—Aquí hay algo... Croacia en el 68... Un siniestro se registró en una de las provincias de Croacia, en donde un cura fue atacado por un ser emergente de las tinieblas... Al involucrarse la iglesia se descubrió una serie de coincidencias entre este ataque y distintas muertes en la provincia... Una mala madre creada del mismo fondo comenzó su ciclo digestivo...

—¿Qué significa eso? —preguntó Nachloe aterrada.

—Que la bruja tuvo hambre... —respondió Arthur perplejo.

—Así es, veamos... En un periodo de 240 grandes lunares la mala madre retoma su cena... Hm... ¿Grandes lunares?

—Se refiere a las lunas llenas, ¿no, Arthur? Cada 20 años...

—Así es, Frank, cada 20 años... Entonces sucedió de nuevo en el 87... Llegó a nuestro tiempo.

—¿Y qué debemos hacer? Por favor, díganos... —dijo Nachloe bajando la cabeza.

—Muerto el perro... se acabó la rabia.

—¿Qué dijo? —preguntó Nachloe.

—Es una frase del español... —respondió Frank—. Debemos cazar a la

bruja.

Capítulo 2. Fin.